

LA FILOSOFÍA PRÁCTICA EN EL SEGUNDO RENACIMIENTO

José Luis Mora
Universidad Autónoma de Madrid
jose.mora@uam.es

Preámbulo

Bien sabemos que la historia no avanza exactamente por las contradicciones, o al menos que no lo hace siempre, y sabemos también que no hay una racionalidad cerrada que abarque todos los campos de expresión hasta constituir una “altura de los tiempos” al modo orteguiano. Basta hablar con un profesor de historia del arte para que te diga que cada una de las formas de escritura tiene un desarrollo o que pueden tener ritmos diferentes la pintura, la escultura y cada una de las formas de expresión o de creación. Al menos sabemos esto desde tiempos recientes, aunque la experiencia viene de más lejos. En todo caso, que la racionalidad no se construye deductivamente, como a los filósofos probablemente nos gustaría, reflejo de una supuesta edad de oro donde cada cosa ocupaba su lugar al modo aristotélico, eso sí ya lo sabemos.

Recuérdese, a modo de ejemplo, cómo explicaban los manuales la evolución del siglo XIX, contraponiendo el realismo al romanticismo y el modernismo al propio realismo/naturalismo. Basta atender a investigaciones serias para saber que los procesos se fueron consolidando de manera mucho más compleja, bien porque hubo solapamientos entre unas y otras concepciones, como bien mostró Lissorgues en dos congresos

magníficos celebrados en Toulouse,¹ y que cada que una de las nuevas etapas, caracterizadas con un “ismo”, eran fruto de gérmenes ya existentes en el “ismo” anterior como bien probó Stephen Miller a propósito del Realismo/Naturalismo al Modernismo.²

Algo similar ha sucedido al explicar la evolución desde la Baja Edad Media al Renacimiento, valorado como contraposición a ideales medieval/escolásticos, y desde este, como una unidad en cada una de las esferas que constituyen una sociedad, hasta el Barroco, visto, a su vez, como otra contraposición frente a los ideales renacentistas, corregidos de nuevo en el siglo de las Luces. Ya advirtió Maravall que ningún país –ni siquiera Italia que aún no lo era– cumplía todas las características asignadas al Renacimiento³ y que las fechas de que hablamos son aproximadas por cuanto, efectivamente, hay antecedentes, herencias y solapamientos según los planos de la cultura de que hablemos. Hablamos de conceptos históricos, no de conceptos de otra naturaleza. Al olvidar esta diferencia ciertas formas de leer la historia han dado pie a que durante décadas o centurias se eliminen, o casi borren, tradiciones enteras si no pertenecían a la interpretación canónica. Ya sabemos cómo operó la historiografía alemana del XIX o cómo lo hicieron grandes interpretaciones de estudiosos españoles como Américo Castro en su inicial libro sobre Cervantes (1924)⁴ o los estudios sobre Juan de Mal Lara haciendo de él un erasmista sevillano, con la continuación de estudios, por otra parte importantísimos, como los de Bataillon (1937), que marcaron una línea que buscaba expandir lo centro

¹ LISSORGUES, Y. (ED.), *Realismo y Naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1988; LISSORGUES, Y. y SOBEJANO, G. (COORDS.), *Pensamiento y Literatura en España en el siglo XIX*, Toulouse, Presses Universitaires Du Mirail, 1998.

² MILLER, ST., *Del Realismo/Naturalismo al Modernismo: Galdós, Zola, Revilla y Clarín (1870-1901)*, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993.

³ “Las épocas históricas no se cortan o aíslan una de otras por el filo de un año, de una fecha, sino que –siempre por obra de una arbitrariedad de la mente humana que las contempla– se separan unas de otras a lo largo de una zona de fechas, más o menos amplia, a través de las cuales maduran y después desaparecen, cambiándose en otras, pasando indeclinablemente a otras su herencia”. Maravall, J.A., *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1983, pp. 24-25.

⁴ MORA GARCÍA, J.L., *Lecturas del ‘Quijote’ en el exilio*, en SÁNCHEZ CUERVO, A., y HERMIDA DE BLAS, F. (COORDS.), *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pp. 164-202.

europeo con la extensión máxima posible. Puestas así las cosas, Erasmo era la referencia para ser considerado propiamente humanista/renacentista.⁵ Nuestros liberales del XIX, socialistas como Fernando de los Ríos⁶ y hasta Zambrano cuando le decía a Abellán, tras recibir el libro *El erasmismo español*⁷ que, señalando por dónde iba su autor, lo hacía señalando: “¡qué remedio!” el camino por el que habían seguido todos, mostraban su inquietud por situarse en la historia. Cuando escribió *Delirio y destino*⁸ situó esta tradición en la heterodoxia, aquella que debería ser recuperada para podernos comprender a nosotros mismos. En realidad, Zambrano no habla de heterodoxia sino de heterodoxos como lo hizo Menéndez Pelayo y eso es algo diferente porque sitúa el análisis en el plano de la acción y no del debate teológico. Esto tiene que ver con la orientación de esa filosofía práctica de las últimas décadas del XVI más preocupada por ordenar la vida de la república que por debates metafísicos o teológicos.

1. ENTRE EL RENACIMIENTO Y EL BARROCO.

El nacimiento de la Filosofía moderna: tiempos discontinuos

Sea como fuere, solo así es posible evitar que, apenas, quede lugar para explicar los procesos en otras claves: más autóctonas unas, es decir, indicando que se aportaba a un proceso histórico complejo; o bien, marcando propuestas de intermediación en las cuales hay propuestas que llegan a su culminación, o sea, a su agotamiento por cambio en las condiciones

⁵ Inoria Pepe Sarno y José María Reyes Cano, editores para Cátedra (Madrid, 2013) de *La Filosofía Vulgar* del latinista sevillano, probable profesor en algunos de los colegios hispalenses, matizan con mucho cuidado y buenos argumentos la orientación erasmista que se le ha atribuido, incluido el estudio del propio Américo Castro, “Juan de Mal Lara y su *Filosofía vulgar*”, incluido en *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1967 (3ª ed.).

⁶ Ríos, F. DE LOS, *Religión y Estado en la España del siglo XVI*. Ed. de Antonio García Pérez. Prólogo de Ángel del Río. Sevilla, Renacimiento, 2007. Toma como base este texto la conferencia pronunciada en Harvard en 1927 no editada hasta 1957.

⁷ Abellán, J.L., *El erasmismo español*, Madrid, Espasa Calpe, 1982. La carta de María Zambrano a José Luis Abellán está firmada en Ginebra, 1 de febrero de 1984.

⁸ ZAMBRANO, M., *Delirio y destino*, en O.C. VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014. El texto fue escrito hacia 1952, pp. 803-1111.

que fueron: comerciales, procesos de concentración urbana, modificaciones en la función de las tierras y gentes de Indias o de África que influían sobre Europa, sobre todo desde finales del xvi y a lo largo del xvii,⁹ etc. Es más seguro que la historia avance así, aunque, cuando se avistan los periodos ya clausurados, pudiera parecer que lo hacen de otra manera. Pues justamente de cómo superar el parecer va buena parte de la cultura del xvii, sobre todo cuando la centuria ya estaba entrada en décadas, si bien los gérmenes ya pueden detectarse en el propio siglo xvi.

Que estas experiencias llegaron al Barroco desde atrás es cierto, pues habían madurado justamente como fruto de un proceso heredado del siglo xvi que, a su vez, se había iniciado al menos en el siglo xiv, y no solo a nivel filosófico sino en cuestiones como la apropiación de tierras que quedaron sin dueño por mor de enfermedades generalizadas, lo que propiciaba nuevos grupos sociales, tal como analiza Jorge Márquez en el libro citado. Lo propio del Barroco será la constatación de que no había vuelta atrás en la conformación y legitimación del orden según se había constituido, mas sin renuncia alguna a que el orden era necesario. Era la vieja racionalidad holística y ecuménica proveniente del modelo “sistémico” griego la que se había quedado como camisa estrecha para incluir una complejidad social que provenía de los viajes (interesante revisar *Los libros del Almirante Cristóbal Colón* de los que hubo una importante exposición en 2006, quinto centenario de su fallecimiento¹⁰), la construcción de la nueva vida cortesana, el creciente papel de los Países Bajos, la transformación de la sociedad inglesa y, aun con cierta limitación, de la complejidad de la tipología de la sociedad española, puesto que el modelo cortesano frenó el desarrollo de lo que en Francia e Inglaterra supuso la formación del burgués. Pero no de la propia complejidad que a pesar de todo fue formándose, incluidos disidentes y hasta heterodoxos como bien hemos ido conociendo.

Mas el paso de la vieja racionalidad cósmica, o teocósmica, en esa mezcla de las categorías cristianas vertidas sobre las categorías griegas bendecido por el Edicto de Milán (estudiado por un autor español no

⁹ MÁRQUEZ, J., *Envidia y Política*, México, Lamoyi Editor, 2008.

¹⁰ SALVADOR MIGUEL, N. (ED.), *Cristóbal Colón. Los libros del Almirante*, Burgos, Instituto Castellano Leonés de la Lengua, 2006.

muy conocido, Narciso Pizarro Ponce de la Torre en un libro que publicó hace ya años, *Fundamentos de la Sociología de la Educación*¹¹), pudo ser un proceso *contra natura* de los ideales evangélicos, asentado sobre una concepción bastante uniforme tanto de la Naturaleza como de una concepción de Dios como hacedor y providente de todo el orbe. La reconversión de ese paso ni ha sido fácil, ni lineal, ni ha sido superado sin más por el tiempo que llamamos Modernidad pues esta incluye, al menos, tres modernidades, o tres periodos, si no más.

Ciertamente, cuando publica Locke a finales del xvii o cuando Mandeville lo hace con su famosa *Fábula de las abejas* (1714)¹², estábamos, al menos parcialmente, en otro tiempo ya, más propio de la construcción del orden por un procedimiento inductivo y sobre la base del individuo, su forma específica de conocer, tal como la ciencia médica de la época proponía, y poseedor de pasiones que podían ser utilizadas como motor del crecimiento técnico y económico, reduciendo la moral, en este marco, a una estructura funcional. Mas eso no eliminaba todos los problemas: todavía los viajeros españoles del siglo xix, tan filo-ingleses del sistema parlamentario, quedaban asustados por la existencia de tantos mendigos en la ciudad de Londres. Eso quiere decir que el giro moderno no significaba que se construyera, por completo, un nuevo orden social exento de profundas contradicciones. Basta comprobar cómo en la ciudad de Nottingham, la tierra de Robin Hood, el museo de la ciudad, con sus máquinas en la parte noble que expresaban los ideales de *Speedy, Strong and United*, se asentaba sobre profundas mazmorras en las que se encerraba a los prisioneros que habrían de ser enviados a las galeras camino de Australia.

Creo que lo ha explicado con acierto Jorge Márquez, ya citado, cuando señala: “La lógica era la siguiente: al creer que lo bueno está limitado, cada vez que el otro lo posee, de alguna manera me está privando de ello”.¹³ Es el esquema de la envidia, señala el profesor mexicano, tan claramente manifestado por Quevedo y también por Gracián, añadido yo, manifestada ya cuando nuevas gentes entraban en liza por los bienes, por

¹¹ Murcia, Editorial Godoy, 1981.

¹² Cit. por Jorge Márquez, *o. c.* pp. 119 ss.

¹³ MÁRQUEZ, J., *o. c.*, p. 148.

ejemplo, por los metales preciosos a cuya captura se embarcaba toda clase de gente. De esto había hablado ya Oliva de Sabuco. Seguirá sucediendo en tiempos en que nacieron nuevos grupos sociales que pretendían ser propietarios que apetecían las tierras dejadas en baldío debido a las pestes que diezmaban las poblaciones. Tuñón de Lara ha cuantificado la devastación de las ciudades castellanas. Chambers en *La cultura después del humanismo*,¹⁴ citando otras fuentes, señala para Londres unas 90.000 muertes producidas por la peste y el fuego en unos cincuenta años. En 1631 ocurrió la erupción del Vesubio en las cercanías de Nápoles y de 1688 y 1694 son los terremotos que destruyeron buena parte de la ciudad recordados con obeliscos y otros monumentos construidos para exorcizar. Pues esta es, aunque sea comentado de paso, otra cuestión: que la alquimia se mezclaba con la nueva ciencia como a propósito de Newton nos han explicado. Es decir, que no hubo un salto uniforme hacia la racionalidad científica como se nos ha solido presentar. Recordemos, por razones obvias y por la repercusión que tuvo en la revisión del concepto de naturaleza, el terremoto de Lisboa en 1755. “Lo que se creía mantenido a distancia por la promesa de otro mundo, de otra vida y de la salvación, se acaba de forma dramática”, señala Chambers como resultado de todo ello.¹⁵ La muerte, pues, se volvió una cosa inmediata. En Inglaterra se añadió el 30 de enero de 1649 la decapitación del rey Carlos I tras la cual se implantó una república belicosa, la de Oliver Cromwell. Era *El paraíso perdido*, como cantó John Milton, o la necesidad del *Leviatan* que llegó en 1651 de la mano de Hobbes.¹⁶ Cuando se produjo la restauración, en 1660, el rey tenía ya contrapesos y límites, como bien señala el profesor Márquez a quien venimos citando. Estos acontecimientos, como bien sabemos, significaron el final del orden sacro y el asentamiento de la soberanía en el individuo. Ya no se trataba de comprender un orden inexistente sino de construir otro controlando las pasiones individuales.

¹⁴ Madrid, Cátedra, 2006.

¹⁵ CHAMBERS, I., *o. c.*, p. 115.

¹⁶ FERNÁNDEZ RAMOS, J.C., *Leviathan y la Cueva de la Nada. Hobbes y Gracián a la luz de sus metáforas*, Barcelona, Anthropos, 2017.

Es el nuevo teatro de luto, el héroe de luto¹⁷ o el pesimismo lúcido, como, personalmente, me gusta señalar. La racionalidad del viejo orden, sostenida, como ahora explicaré, aún sobre la base de la piedad y la ironía hasta el final de la segunda década, deja paso a este otro escenario del Barroco explicado por quienes, con pocas excepciones, nacen en el cambio de siglo o en sus inicios, frente a quienes habían nacido hacia la mitad del xvi. Es el caso de Cervantes (1547) y de los dos autores cuya aportación quiero dejar aquí. Juan de Mal Lara nace en 1524 o 25 y fallece en 1571; Oliva de Sabuco nace en 1562 y fallece en 1622. Ellos se dan cuenta de que el viejo modelo ha llegado a su culminación y, por consiguiente, a su agotamiento pero que, no por ello, puede olvidarse sin más. Ya no va de suyo que se realice; es preciso el desarrollo de técnicas de comunicación –probable nacimiento de la didáctica– así como de conocimientos que los individuos han de poseer para comportarse de tal manera. Los tres autores que representarían esa culminación y, por consiguiente, dejaban paso a otro tiempo, fueron Luis Vives (fallecido en 1540); Andrés Laguna (1559); y Huarte de San Juan (1588), los tres fallecidos por este orden antes de finalizar el siglo xvi; los tres muy presentes en la obra de Oliva y Juan de Mal Lara. Incluso la escolástica de la Escuela de Salamanca, las universidades portuguesas de Coimbra y Evora, y autores como Vitoria, Soto, Diego de Cobarrubias, Azpilcueta..., fallecidos casi por las mismas fechas, suponían ya una corrección al viejo orden. Pedro Calafate ha hecho una estupenda recopilación en la *Escola Ibérica de la paz*¹⁸ de sus aportaciones; como lo era la mística de Santa Teresa y San Juan (ambos fallecidos en los ochenta y noventa) tal como ha estudiado la italiana Rosa Rossi en su espléndido libro a propósito del santo de Fontiveros, *Silencio y creatividad*.¹⁹

Así pues, el Barroco es un proceso en el cual se pasa de un orden a otro y en el que, como señala Ian Chambers,²⁰ se produce el “sentido de

¹⁷ CEREZO, P., *El héroe de luto. Ensayos sobre el pensamiento de Baltasar Gracián*, Zaragoza, Institución de Fernando el Católico, 2015.

¹⁸ CALAFATE, P. y MANDADO, R.E., *Escola Iberica da paz/Escuela Ibérica de la paz*, Santander, Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2014

¹⁹ ROSSI, R., *Juan de la Cruz. Silencio y creatividad*, Madrid, Trotta, 1996.

²⁰ CHAMBERS, I., *o. c.*, p. 107.

la pérdida, el rudo desplazamiento, la caída en desgracia en el inmenso paisaje de un (des)orden incomprensible e infinito, en el cual el género humano *se desplaza desde el centro hacia la X* (Nietzsche), seguramente inaugura la geografía de la melancolía barroca, la instalación de la ironía y la sensibilidad moderna del laicismo histórico”. “El Barroco –continúa diciendo Chambers– atrapado en la fragilidad de un deseo de trascendencia, de completitud, de regreso de la verdad, reconoce en la estructura del lenguaje, en su voluptuoso acomodo de la pérdida, un destino de peregrinaciones interminables que revela en cada caso, *en todas las mañanas del mundo*, la locura de tal presunción”. Claro, este mismo diagnóstico del profesor del Instituto Universitario Orientale de Nápoles habría que ir comprobándolo por partes y lo mismo la consecuencia, concretada en el estado de ánimo que llamamos melancolía, aquel “teatro de luto” de Benjamin o el “héroe de luto” según la interpretación de Pedro Cerezo ya mencionada, frente a la anterior certidumbre cósmica, la deidad estable y las convicciones, que obligaban ahora a crear una nueva certidumbre, ya no solo desde la propia mirada unívoca sino desde la multiplicidad de miradas a que somos sometidos, incluidas aquellas que vienen de las tierras conquistadas.

Cómo cada sociedad se coloca en este escenario, nunca mejor dicho, a qué ritmo lo hace y cómo van produciendo los movimientos escénicos depende de la evolución de sus propios impulsos internos mas no ya cada una por sí misma, pues justamente uno de los efectos sobrevenidos es la multiplicidad que se pretende reducir. Hablamos del nacimiento de las sociedades circunscritas a espacios geográficos que llamamos Estados y luego Naciones. Una multiplicidad que exige un orden político distinto hasta el entonces existente: el orden internacional.

Cuando se toma conciencia de que la utopía no vendrá por sí misma (Luis Vives, “El templo de las leyes” (1520) y “Sobre la paz” y “Sobre la concordia y la discordia en el género humano” (1529)), exorcizando los violentos años veinte en que fueron escritos estos textos, es preciso poner remedio, es preciso advertir. Fue lo que hoy llamaríamos un pionero. Oliva y Juan de Mal Lara, por su parte y años después ya en esa línea apuntada, cultivan una literatura no meramente expositiva pues el

conocimiento se asienta ya en la advertencia y será de esta última de la que se derive el buen comportamiento previendo las consecuencias que derivarían de un mal comportamiento.

2. EL SEGUNDO RENACIMIENTO. Oliva de Sabuco y Juan de Mal Lara: anticipo de la filosofía barroca

Esta es la clave que me parece anuncia ya en el xvi la necesidad de una cultura prescriptiva, mas sin perder aún la sonrisa que se asienta en la creencia de un orden natural. En realidad, la piedad solo es posible en este marco de racionalidad que llega hasta los años iniciales del xvii.²¹ Esta forma de ver la vida está presente en estos dos autores españoles de finales del xvi y de ella participa Cervantes, contemporáneo suyo que, sin embargo, escribe, como gran creador de la novela moderna, su obra fundamental ya en el xvii. Fue ya entrados en el siglo cuando el semblante perderá esa visión oblicua que permite la ironía y se optará o por una dialéctica perpendicular o por una retórica de la conminación sin apenas espacio para la confianza.

2.1 Oliva Sabuco de Nantes: la *Nueva Filosofía*

Aun habiendo nacido después que Juan de Mal Lara, dedico un mayor espacio aquí a Oliva de Sabuco, filósofa lúcida y poco reconocida hasta fechas recientes, por su capacidad para anticipar la importancia del mundo como *hábitat* del ser humano.

Ha sido en estos últimos años cuando ha tenido fortuna Doña Oliva, tras un recuerdo bastante continuado en ediciones a lo largo del xix y un cierto olvido posterior, apenas alguna apostilla y sí algunas ediciones

²¹ Redactando este texto aparece la edición de *Omnibona. Utopía del siglo XVI*. Edición de Ignacio García Pinilla, con un estado de la cuestión por Víctor Lillo Castaño, publicada por la Universidad de Salamanca, 2018. Esta utopía primeriza adelantaría a la década de los cuarenta una literatura de carácter didáctico en la línea de lo que aquí sostenemos.

que no parecieron tener gran difusión (a alguna de ellas, verdaderamente interesante, me referiré posteriormente), hasta la tesis que defendió Caridad García Gómez en la Universidad de Valencia 1990. Mas, con todo, la tesis se refería a Miguel Sabuco, su padre. Mucho se ha escrito acerca de la autoría y la incógnita es difícil que pueda cerrarse del todo, si bien pienso que es más sólida la autoría de la hija que la del padre. Bien es conocido la poca fortuna que han tenido las mujeres es ser reconocidas como autoras de libros u obras importantes.

Manejé inicialmente la edición de la Editora Nacional que preparó Atilano Martínez Tomé (1981) para la Biblioteca de Visionarios, heterodoxos y marginados. Esta edición atribuye *La nueva filosofía de la naturaleza del hombre. No conocida, ni alcanzada de los grandes filósofos antiguos, la cual mejora la vida, y salud humana* a Doña Oliva Sabuco de Nantes. Después, tuve la fortuna de hallar la edición que preparó para la Biblioteca de la Cultura Española de la Editorial Aguilar, iniciada poco antes de la guerra y publicada probablemente en 1935, Florentino Martínez Torner, asturiano de nacimiento, inspector de enseñanza primaria, profesor de la Escuela Normal de La Coruña, diputado socialista por Huelva y luego exiliado en México. No es aquí el lugar para reabrir el debate de la autoría, aunque es verdad que su reivindicación en los últimos años ha venido, en buena medida, con la recuperación de las obras escritas por mujeres, imprescindible si queremos hacer justicia con nuestra historia en la cual hemos tenido escritoras de enorme valía.²² Quizá el último empujón que han recibido doña Oliva y su obra ha venido de la pluma del escritor leonés José María Merino, autor de la novela *Musa Décima*.²³ Precisamente, haber encontrado un ejemplar de la edición de 1728 de *La Nueva Filosofía* en la biblioteca del abuelo le llevó a escribir esta novela cuyo título remite al nombre con que Lope de Vega se refería a Doña Oliva. La novela es interesante pues trata de llenar los huecos que la biografía conocida de esta mujer de las sierras orientales de Alcaraz ha dejado sin llenar y reivindica

²² Mientras escribía este texto cayó en mis manos un reportaje sobre María Guadalupe de Lencastre, duquesa de Aveiro con gran vergüenza por mi parte debida a la ignorancia sobre quien debió ser gran intelectual del Barroco cuyos méritos traspasaron con mucho las fronteras de la península ibérica. ABC, 9.6.2018.

²³ Madrid, Alfaguara, 2016.

la recuperación del interés por nuestra cultura, pues en este punto pone el que llama “gran fracaso de la Transición”.²⁴

Mas, para nuestro propósito, lo importante es dilucidar por qué se escribieron estos libros. Por qué la denomina “nueva” cuando tantas deudas tiene con los autores antes mencionados (Vives, Huarte, Laguna...) esta filosofía desarrollada en ese largo coloquio sobre la naturaleza humana, es decir, el dedicado al “Conocimiento de sí mismo”, al que siguen dos textos mucho más breves sobre “El mundo tal como está” y el coloquio sobre las “Cosas que mejoran las repúblicas” que casi preanuncia el texto de Luis Antonio de Verney (1746), dos siglos posterior.²⁵

Precisamente su punto de partida era esa melancolía del paraíso perdido donde la máxima consistía en que el orden conserva el orden y, si salvas el orden, el orden te salvará. En este sentido, se trata de un pensamiento de restauración que pasa por la unidad del hombre consigo mismo y de la república consigo misma. Por ello, y como indica Atilano Martínez Tomé en el prólogo para la edición de la Editora Nacional:

Por mucho que se universalicen los problemas, cada pueblo, cada cultura y cada sociedad deberá buscar las soluciones desde su propia historia, en la cual se han ido concatenando problemas y soluciones, unas veces auténticas y satisfactorias y en otras circunstancias falsas. Pero todo ello ha creado una experiencia que nunca será lícito olvidar, a no ser que queramos repetir viejos errores.²⁶

Dedica Oliva Sabuco de Nantes al primer apartado el muy largo coloquio de los tres personajes, como era habitual en el Renacimiento, a mostrar al ser humano cómo es su naturaleza y cómo ha de conocerla y atenderla por los medios que la medicina, la “vera” medicina, le proporcio-

²⁴ “El gran fracaso de la Transición (se refiere al paso de la España franquista a la democrática) estuvo en no devolvernos el interés por nuestra cultura. Y las autonomías han sido en eso muy destructivas. *Ib.*, p. 269.

²⁵ El título de Verney era ya muy significativo, pero debemos considerar que el tercero de los coloquios del libro de doña Oliva ya apuntaba en la misma dirección casi dos siglos antes. *Verdadeiro metodo de estudar, para ser util à Republica, e à Igreja: proporcionado ao estilo, e necessidade de Portugal, exposto em varias cartas, escritas polo R.P. Barbadinho*, en dos volúmenes, en 4º, Valença: na Oficina de Antonio Balle, 1746, aunque realmente, Nápoles: Genaro e Vincenzo Muzio, 1746.

²⁶ MARTÍNEZ TOMÉ, A., *Oliva Sabuco de Nantes, Nueva Filosofía de la naturaleza humana*, Madrid, Editora Nacional, 1981, p. 15.

na. Esto conlleva ya, como lo había hecho Andrés Laguna, una corrección implícita del principio según el cual es la Providencia la que conserva el mundo, incapaz ya de ser cumplido si no lo es con ayuda del médico. Los personajes, Antonio, Veronio y Rodonio, y la propia Oliva sin mediaciones, pues en múltiples ocasiones hace casi desaparecer a sus personajes, pasan detalladamente por cada uno de los aspectos físicos y psicológicos –las pasiones y los afectos– que conforman lo que hoy llamaríamos salud. Y, precisamente, dedica al enojo, “ese afecto del alma, principal enemigo de la naturaleza humana”, todo el capítulo tercero. Ese término que hemos abandonado en España y que utilizan con precisión en América como estado de ánimo desequilibrado por la influencia de agentes externos que afecta, incluso mortalmente, al equilibrio de entendimiento, memoria y voluntad. Pues solo el hombre tiene –señala doña Oliva– “dolor entendido, espiritual, de lo presente, pesar de lo pasado, temor, congoja y cuidado de lo porvenir”.²⁷ Lo mismo que “la desesperanza del bien también mata, como su contraria da la vida, que es esperanza de bien: la cual dijimos ser una de las tres columnas, o empentas que sustentan la salud y vida humana...”.²⁸ Es la esperanza del bien lo que genera deseo de vivir. Esa concordia interior que definirá la salud como la concordia del cuerpo y el alma como nos recuerda doña Oliva que sostenía Platón en el *Timeo*: “a ese contento y alegría llamó Platón concordia del alma, y cuerpo, en la cual puso la salud: y al pesar y descontento, llamó discordia del alma, y cuerpo, y en este puso las enfermedades, y con mucha razón, aunque los médicos no lo entendieron”.²⁹ Así pues, la esperanza de bien, alegría y contento se consolida como un afecto, no solo como virtud, pero llegará a ser considerada una virtud civil pues afecta no solo a la salud individual sino, también, a la social.

Mas la esperanza se funda en lo que está por venir, no en lo dado. Por eso, nuestra autora llega a sostener que “la esperanza de bien es la que sustenta (como una columna) la salud, vida humana, y gobierna el mundo, la que hace todas las cosas de este mundo. Ninguna cosa mueve

²⁷ SABUCO, O., Ed. de Martínez Tomé, *Ib.*, p. 83.

²⁸ *Ib.*, p. 106.

²⁹ *Ib.*, pp. 123-124.

al hombre, sino la esperanza de bien (...) Edificó las ciudades. Plantó los árboles. Rompió los montes. Dio mejor camino a los ríos. Hizo las batallas (interesante no por menos contradictoria esta inclusión aquí). Fabricó las naos, fundó las leyes...”³⁰

Pasa después a consejos menos espirituales y dedica un capítulo a la peste, muy en la línea del *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia*, escrito por Andrés Laguna, sin duda uno de los más completos escritos en el XVI como resultado de sus experiencias en Metz (1542) y más tarde en Brabante, Holanda y Flandes, publicado inicialmente en Amberes (1556), reeditado en Salamanca (1566) y en Valencia en 1600. Recientemente (Segovia 1999), se hizo una edición facsimilar con motivo del año que se creía era el centenario del nacimiento de Laguna,³¹ pues fue entonces cuando la Sociedad de Historia de la Ciencia celebró en Segovia un congreso sobre el XVI.³²

Doña Oliva debió leer este *Discurso* con atención y no solo los remedios concretos contra la peste bubónica, el sarampión o las viruelas a las que está dedicado el capítulo trigésimo primero³³ sino el epígrafe que Laguna tituló: “Del término de la vida de cada uno” que comienza con las siguientes palabras: “Los que para extirpar de todo la Medicina y dar a entender que no sirve de nada al mundo, dicen que en tal forma es de Dios constituido a cada uno el término de sus días que ninguno puede dexar de llegar a él, por mal que se gobierne en la vida, ni pasar un punto adelante”. Añade Laguna, y comparte nuestra autora, y aun en la mentalidad de un galenista, plantea la necesidad de “intervenir” sobre la naturaleza: “Por cierto estos, no solamente proponen cosas falsas y sin cimiento, pero también pervierten y desbaratan quasi toda la providencia humana”.³⁴

³⁰ *Ib.*, p. 130.

³¹ LAGUNA, A., *Discurso breve sobre la cura y preservación de la pestilencia*, Segovia, Asociación Andrés Laguna, 1999.

³² GARCÍA HOURCADE, J.L. y MORENO YUSTE, J.M., *Andrés Laguna. Humanismo. Ciencia y Política en la Europa Renacentista*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2001. La fecha de 1499 pertenece a Colmenares, el cronista segoviano mientras que Bataillon sugiere que Andrés Laguna habría nacido hacia 1511.

³³ SABUCO, O., *o. c.*, pp. 138-141.

³⁴ LAGUNA, A., *o. c.*, p. 8.

Bien es cierto que Laguna estaba aún imposibilitado conceptualmente para ser lo que entendemos por un cirujano moderno, e, igualmente, estaba aún muy lejos de la mentalidad de un científico del XVIII como lo sería ya Proust quien, en su discurso de 1792 como inauguración de la Casa de la Química,³⁵ sostendrá abiertamente que la Providencia ha dejado al hombre que administre una buena parte de los bienes que forman la naturaleza. Andrés Laguna deja claro que no es posible aumentar en ni siquiera un día los que la Providencia ha asignado a cada uno. Pero, no es menos cierto, que en estos autores del XVI está ya la idea de que la Providencia “necesita” del médico para conseguir su fin: que cada uno llegue al fin de sus días depende mucho de uno mismo y de los consejos médicos:

Compárese nuestro humor radical al azeite de las lámparas o candiles, y nuestro calor, que es la vida, a la llama. Porque así como siempre arderá la mecha mientras el azeite en su perfección durare, y se amatará en siendo resolutivo o violado, de la mesma manera no dexará de vivir el hombre mientras aquel humor benigno, que es sustancia del calor natural en el qual consite nuestra vida, puro e incorrupto se conservare; el qual faltándonos luego se nos remata el vivir, no estendiendo más de lo que se estiende el humor. Por donde, si alguno, teniendo en poco el beneficio de la natura, o aborreciendo la vida, quiere acelerarse la muerte con mil desórdenes, disipando aquel humor substancia, diremos que Dios previó a este animal su término, pero que no se limitó, habiéndole dado una corredera más luenga y dexádole en su libertad y alvedrio. De manera que a cada uno está ya su límite señalado, ultra el qual le es imposible estenderse; así como llegar a él solamente es lícito a aquellos que biven muy concertados y se guardan de los peligros que atajan en el medio del curso de la vida.³⁶

Termina afirmando que la pestilencia es el mayor mal del cual deben guardarse “los que quieren vivir enteramente sus días”.

Doña Oliva no se mete a debatir filosófica, ni menos teológicamente, asuntos que pusieran en cuestión la providencia divina pero, al situarse en el plano de los remedios humanos a los que supedita la calidad y longitud de la vida, da más pasos que Laguna y muestra, sin decirlo, que el hombre depende poco de un orden que se le escapa; por el contrario,

³⁵ PROUST, L., *Discurso que en la apertura del laboratorio del real Cuerpo de Artillería establecido en Segovia pronunció Don Louis Proust*, Segovia, Imp. De Antonio Espinosa, 1792. Ed. facsimilar, Segovia, 1992.

³⁶ LAGUNA, A., *o. c.*, pp. 9-10.

que puede influir en muchísimos aspectos: el olor, el sonido, la comida, el ambiente, la vigilia, el sueño, el calor y el frío y hasta tenemos “quitasol y un colchado de hojas de rosas o paño mojado en agua rosada”³⁷ para resistir al sol, sabiendo que es dañoso en la cabeza en toda época, y provecho en el resto del cuerpo en invierno. Y, por supuesto, tiene control sobre sus pasiones: la magnanimidad, “gran ornamento del ánimo”; de la prudencia, a la que considera ya “madre de las virtudes” y “perfecta, solamente se halla en el hombre de buen juicio, y entendimiento, porque muchos no la tienen perfecta, da contento y alegría, como es hacer bien, y providencia de bien para sí, y para su semejante, por consejo, avisándole y haciéndole bien de lo que él no entiende, y librándole de muchos peligros y daños, acarreándole muchos bienes”.³⁸

Filosofía, pues, de la advertencia, mas sin acceder aún al dualismo que irá tomando posiciones más adelante y que contribuirá a modificar profundamente cómo el hombre ha de abordar su ubicación en el mundo. Oliva defiende la idea del hombre como microcosmos que se halla en perfecta sintonía con la vida vegetativa, sensitiva e intelectual, sabiendo que hay un proceso de crecimiento (cremento) y otro de decrecimiento (decremento) como lo hay de regenerar o de degenerar, como bien defendió Pico de la Mirándola.

Es la edición de Martínez Torner la que acentúa más la dimensión naturalista de esa “nueva” filosofía que pretende mostrar la obra de Sabuco, correctora de las posturas adoptadas por algunos clásicos. El apartado III del largo ensayo, que precede al texto de la autora, lleva por título “Su ideario” y ahí subraya cómo son las manifestaciones físicas las que se tratan “con especial detenimiento”.³⁹ Tras afirmar, siguiendo la opinión de Sabuco que “los filósofos y médicos antiguos desconocían por completo la naturaleza del hombre”, se formula la siguiente pregunta: “¿Cuál es esa novedad que tan desembarazadamente proclama el bachiller Sabuco?”. Para responder con claridad: “Es ni más ni menos que un nuevo

³⁷ SABUCO, O., *o. c.*, p. 169.

³⁸ *Ib.*, pp. 188-189.

³⁹ MARTÍNEZ TORNER, F., *Doña Oliva Sabuco de Nantes. Siglo XVI*, Biblioteca de Cultura Española, Madrid, Aguilar, s/f (probablemente 1935), p. 29.

sistema fisiológico, según el cual la sangre no nutre y alimenta a nuestro cuerpo. Esta función especial la desempeña un jugo blanco que desde el cerebro pasa a todas las partes del organismo”.⁴⁰ Será este conocimiento más preciso de la “verdadera naturaleza del hombre” el que permita desarrollar adecuadamente la estrategia de la vida buena.

Así pues, el hombre ha de saber usar su libre albedrío para conseguir la salud, la vida y evitar la enfermedad y la muerte prematura. Para entender con precisión la base sobre la que opera este pensamiento humanista me remito al excelente estudio de Javier García Gibert, *Sobre el viejo humanismo. Exposición y defensa de una tradición*.⁴¹ Como, en un buen número de sentencias de Gracián, resuenan estos mismos ecos, hemos de indicar que la clave para un renacentista está precisamente en el libre arbitrio que es una cualidad interior; para un barroco, tal como analiza Gibert en el epígrafe “Albedrío humanístico y libertades modernas”,⁴² pasamos de una “cosa del alma” a “la exteriorización formal de actitudes o deseos sociales y políticos como ejercicio autónomo de la libertad”.

Con el pensamiento de Oliva estamos en esa frontera en que se intuye la dificultad de sostener esa autonomía interior, a la que se aferran los místicos, frente al descubrimiento de la lógica del mundo, que será visible ya con el cambio de siglo. Será entonces cuando se produzca una actitud más defensiva (desconfiada) pues se comprueba que la realidad interior está condicionada por “agentes” externos, no fáciles de dominar. Gracián y Calderón estarán ya en este otro estadio. Hacia 1587 aún era posible defender “los colores blanco, verde y colorado que dan alegría” y oponerse al negro que da tristeza pues va “contra la razón humana, es el común uso, de vestir de negro, que tanto agrada a España”.⁴³ Pues este uso de los colores vendría a ser una metáfora del paso del humanismo renacentista a la mentalidad barroca, como se apunta en el título del epígrafe.

Aún le quedaba una reflexión a doña Oliva para hablar de la muerte natural que lo es del cuerpo al no poder este cumplir aquellos deseos de

⁴⁰ *Ib.*, pp. 32 y 33.

⁴¹ Madrid, 2010.

⁴² *Ib.* pp. 234-237.

⁴³ SABUCO, O., Ed. de Martínez Tomé, *o. c.*, p. 158.

esperanza de bien por los que nació y que radican en el ánimo y siendo esta “capaz, y codiciosa de sumo bien, y hermosura, aborrecedora de todo mal, es ayuda para la causa de muerte natural, porque ama, y desea deleites que tengan consistencia, y ser, y enfádanle los del cuerpo, que solo tiene un tránsito, y pasaje”.⁴⁴ Mas no va de luto, como brillantemente sostiene Cerezo le ocurre al héroe barroco, pues no veo en Sabuco la tensión entre finitud e infinitud sino la aceptación del fin. Ni hay esa apertura operística de la *Crisi* primera de *El Criticón* donde Gracián juega ya (hacia la mitad del siglo XVII) con el radical pesimismo de saber que acabará y la agonía de luchar porque no acabe. Al final debe quedar la gratitud con el “Hacedor” “a cargo y cuenta del hombre”, que es el único ser de la naturaleza capaz de saber que “la variedad de hierbas, plantas y de animales de la tierra, agua y aire, y sus figuras y formas tantas y tan varias fueron criadas para su servicio”. Por ello debe dar alabanzas y gracias, “por sí y por toda criatura”.⁴⁵

La parte final de la obra de Oliva Sabuco es un coloquio breve sobre “Las cosas que mejoran las repúblicas” tomando como fuente textos de Luis Vives: “La fábula del hombre” (1520) y el “De pacificatione” (1529) y, sorprendentemente, del *Examen de Ingenios para las ciencias* de Huarte de San Juan, publicado apenas trece años antes que su propio *Diálogo*.

Da, tal como avanza Martínez Torner, para hacer un estudio detallado de tipo comparativo con estos textos de Vives, sobre las leyes y su función social y la necesidad de tener jueces justos que interpreten las leyes con ecuanimidad, pues si las leyes son imprescindibles no dejan de ser “mudas y sordas”, como sostenía Vives. Mas Doña Oliva se escandaliza ya de que los pleitos duren cuarenta años y de que “una sentencia, allí la revoquen, y den otra en contrario, y acullá den otra, que ni es esta ni aquella, y quizá todos yerran la razón, y justicia de aquel caso, y cada uno puede sustentar, y hallar escrita su opinión, y el otro la suya, y así se tratan los pleitos, y se sustentan muchos años”.⁴⁶ En fin, hay en este texto muchas claves ya de un pensamiento que llamaríamos moderno por cuanto se denuncia un

⁴⁴ *Ib.*, p. 242.

⁴⁵ *Ib.*, p. 230.

⁴⁶ *Ib.*, p. 278.

determinado uso de la retórica, del exceso de leyes y de que estas estén en latín y plantea abiertamente la necesidad de combatir la mentira: “De manera que en cualquier tiempo del pleito, en habiendo mentira, pierda el pleito, y otro tanto de su hacienda” (...) “Y aun si se pudiera poner una ley general de la mentira en los hombres, fuera este mundo paraíso terrenal, que todos los daños que en él hay nacen de la mentira...”.⁴⁷ Apunta hacia una sociedad basada en actividades productivas con la eficacia sobre la naturaleza como objetivo, pues sin pleitos habrá quien are la tierra y así haya trigo en abundancia. Y a esa mejora en el agua, en las plantas y en los alimentos dedica los capítulos tercero y cuarto con una atención al vino, al pan y a la carne. De tal manera que doña Oliva, que estaba al día de la marcha de la ciudad por su padre y hermano mayor, dedica páginas a la mejora de labradores y pastores y a la erradicación de la pobreza y a cómo mejorar las aguas y plantas y en los alimentos.

Y dedica un capítulo fascinante, en sintonía con lo sostenido por Huarte en la parte tercera de su famoso libro, titulada “Qué diligencias se han de hacer para que los hijos salgan ingeniosos y sabios” y que Doña Oliva trata en el capítulo quinto: “Mejorías en los casamientos, y genitura”. Huarte era un misógino declarado pues los hijos “muy sabios” y “de grande entendimiento” serán siempre varones para lo cual, de todos modos, conviene tenerlo en cuenta, conviene beber “aguas delicadas, dulces y de buen temperamento” y comer “pan candeal, hecho de la flor de harina y masado en sal, sin olvidar las perdices y los francolines” y si lo que quieren es un hijo de grande memoria deben, ocho o nueve días antes de que llegue el acto de la generación, comer truchas, salmones, lampreas, besugos y anguilas...⁴⁸ Bien puede considerarse una falacia naturalista que consiste en dar por probado el juicio emanado de la observación. Mas eso importa ahora menos. Lo que importa es comprobar cómo en estos autores la Providencia debe ser ayudada en el “gobierno” del orden natural y político y para ello es necesario aprender cómo “funcionan” la naturaleza y la vida política. Es a este tiempo al que podemos denominar como segundo Re-

⁴⁷ *Ib.*, p. 283.

⁴⁸ HUARTE DE SAN JUAN, J., *Examen de ingenios para las ciencias*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, parte III, pp. 326 ss.

nacimiento que va dejando ver huellas que estarán ya claras en las bases del pensamiento del XVII y que se refieren a lo que hoy llamaríamos la planificación social.

Por su parte doña Oliva corrige, parcialmente, algunos excesos de Huarte y, sin poder evadirse de una cultura patriarcal como la definiría el feminismo actual, sí está en contra del matrimonio por dineros, “por la hacienda, y riqueza, olvidando lo principal, que es la perfección de naturaleza en la persona”. Hecha esta afirmación, Veronio pregunta a Antonio, personaje que manifiesta las opiniones de la autora: “¿por qué hay tanta diferencia de un hombre a otro?”. Mucho va en “la materia que se hace aquella simiente, que son los manjares que come el marido, y mujer, que de ruin materia, ruin forma se cría, y así se ve de padres, y madres hábiles salir hijos tontos, porque la forma siempre retiene algo de la materia...” y nos sale con la afirmación de “que las víboras de Arabia, que se crían debajo de los bálsamos, no tienen ponzoña, porque se mantienen de los bálsamos, y se crían a sus sombras, por esto los casados que puedan, no habían de comer malos alimentos, ni cosas fleugmáticas, ni melancólicas, al tiempo que hay aptitud en la mujer para concebir, porque la simiente sea de buena materia, y de esta buena materia se haga buena forma de órgano corpóreo, para el alma, donde ha de estar, y mandar”. Lo importante es que ha de tenerse en cuenta todo para orientar a los hijos “que han de ser padres de tus nietos, y descendientes, hombres hábiles, y no bestias”.⁴⁹

Claro, al final disponemos de la clave para comprender lo que doña Oliva desea conseguir:

la virtud no se propaga, y desciende en el hombre, como en las plantas, por la necesidad de dos simientes... [pues] la honra está en tus manos, y o en las ajenas, con lo cual se abra la puerta de la honra para todo el mundo, para que en la guerra y actos virtuosos los bajos tengan esperanza y puedan subir a la cumbre de la honra, y la bajeza de linaje y vicios y pecados ajenos no les impidan ni cierren la puerta.⁵⁰

Así entendemos mejor cómo, antes de que el Barroco se adentrara definitivamente, tendría tiempo don Quijote de advertir amablemente

⁴⁹ SABUCO, O., ed. de Martínez Tomé, *o. c.*, pp. 290-293.

⁵⁰ *Ib.*, pp. 293-294.

a Sancho: “Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; **porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista** (se conquista o se consigue); **la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale**”.⁵¹ Más adelante será el personaje de don Antonio Moreno, huésped de don Quijote, ya casi hacia el final, quien sentencie: “así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida”.⁵²

La edición de Martínez Torner añade a estos coloquios los referentes a la “vera medicina y vera filosofía”, “algunos dichos breves sobre la naturaleza del hombre” y la “Vera filosofía de la naturaleza de los compuestos hombre y mundo, oculta a los antiguos”, apostillas que Martínez Tomé incorpora al final del coloquio dedicado a la mejora del mundo y la república. Lo importante es la conclusión en las palabras de Antonio donde elogia a la medicina, y a sus artífices, los médicos, pues es el “arte que más estimación y premio merece [de] cuantos hay en la república, pues negocia y trata de lo mejor que la vida humana tiene, que es la salud corporal”.⁵³ De donde se deduce que el hombre ha de hacer posible por llegar al final de sus días con la muerte natural y no la violenta que altera los planes de la naturaleza, que son los planes del “Altísimo Dios”. No fue, pues, azaroso que el protagonista cervantino muriera de muerte natural, contraviniendo las leyes de la caballería por las cuales la heroicidad se alcanzaba muriendo en combate como consecuencia de sus propias reglas según las cuales el caballero había de poner en riesgo su vida. He ahí la lección radical de la filosofía práctica que se asienta en la armonía del hombre con su propia naturaleza corporal y social pues ambas se orientan a la consecución de la salud: en el primer caso impidiendo la enfermedad; en el segundo defendiendo la paz frente a la guerra o el combate.

Con ello el Renacimiento quedaba concluido. Era la consecuencia de una concepción basada en la confianza de que una educación amable

⁵¹ CERVANTES, M. DE, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Espasa Calpe, 1970, p. 527. Los subrayados son míos.

⁵² *Ib.*, p. 623.

⁵³ SABUCO, O., MARTÍNEZ TOMÉ (ed.), *o. c.*, p. 297.

conseguiría la salud física y la social. Así lo sentencia Antonio, el personaje principal del diálogo de Sabuco: “El amor fácilmente persuade, y, por tanto, quiero hacer lo que mandéis, aunque pedís antes el fruto que las hojas”.⁵⁴ Desde entonces, y a lo largo del XVII la retórica se tornará didáctica, centrada en advertencias que ya no serán amables sino prescriptivas. Es la apuesta por el método como estrategia epistemológica y moral. El estudio de Jorge Márquez, antes mencionado, es muy útil para estudiar este proceso hasta la consolidación del sujeto como base de las sociedades modernas. Atrás quedaba un modelo de racionalidad del cual nunca se perdió su virtualidad: el mantenimiento del siempre necesario orden natural y social. Es esta una constante en la historia de la filosofía. Cuando llegue el siglo XVIII, centrado en la razón utilitaria o en la pura razón (como decía Machado), cambiará la persuasión por la convicción, pero el fundamento filosófico del Renacimiento se considera superado.

2.2 Juan de Mal Lara: los refranes anticipan el valor de la circunstancia

Sin hacer perder protagonismo al pensamiento de doña Oliva Sabuco en el periodo que hemos dado en llamar “Segundo Renacimiento” y, aunque sea con brevedad, merece decir una palabra sobre otro texto que anticipa el valor que la circunstancia adquiriera en el pensamiento barroco. Nos referimos al sorprendente, si así se quiere para un filósofo, *La Philosophia vulgar* de Juan de Mal Lara. Desde la orientación más vinculada a la experiencia práctica, que no tiene pretensiones de saber institucionalizado, pero no por ello menos importante, este latinista sevillano nos ofrece un libro deslumbrante para entender el comportamiento de la sociedad tardo renacentista. Se trata de una orientación, no menor, desarrollada por algunos escritores que ocupaban posiciones intermedias en el organigrama social y disponían de formación para analizar tanto la lógica de los discursos dominantes como para saber, por experiencia propia, cómo esos dis-

⁵⁴ *Ib.*

cursos operaban en la vida cotidiana. A este grupo, sin duda, perteneció el propio Cervantes. Y con anterioridad a él Juan de Mal Lara, dedicado durante veinte años a la educación de niños.

Tras los adagios latinos y los diálogos cortesés de carácter didáctico fue desarrollándose una forma de filosofía popular o “vulgar” en forma de sentencias o refranes que alcanzó un gran volumen en la obra del dramaturgo, poco conocido, del que se ha perdido gran parte de su obra, pero del que se han rescatado los mil refranes, ordenados en diez centurias, recogidos en su *Philosophia vulgar*,⁵⁵ que vio la luz en Sevilla por vez primera en 1568. Vinculado por Menéndez Pelayo y Américo Castro con los *Adagia* de Erasmo, como apuntábamos (v. nota 5) –los editores actuales rebajan mucho esta vinculación y lo hacen con buenos argumentos–, constituye un material etnográfico de primer orden sobre la España de ese tiempo y sobre el orden del mundo desde la perspectiva, no de la lógica, sino de las cosas que suceden en una ciudad como Sevilla, muy dinámica durante esos años, pues allí estaba la Casa de Contratación de Indias que explotaba el monopolio del comercio ultramar. La ciudad a la que tuvo que ir Teresa de Ávila a declarar en 1576 por la publicación del *Libro de la vida*. Por allí estará Cervantes hacia finales de los años ochenta como recaudador de impuestos. Tantos de esos refranes tendrán su lugar en la novela cervantina. No son casualidades estas coincidencias. Eran esos refranes la expresión del orden de las cosas, riguroso, pero... por libre. Aquí aparece, por consiguiente, otra forma no de disidencia sino de pensamiento al margen.

Disponemos hoy de la magnífica edición realizada por Inoria Pepe Sarno y José María Reyes Cano, miembros de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, con todo el aparato crítico necesario para entender un libro complejo e imprescindible. El libro comienza parafraseando palabras del Génesis: “Señalada merced hizo Dios a los hombres quando les comunicó parte de su saber y les concedió tener voto en todas las cosas que crio maravillosamente con su palabra, como se tiene bien entendido de nuestro padre primero, Adán, a quien dio tanta sabiduría con que pudiese él solo poner nombres a todo lo criado, según las propiedades que en cada

⁵⁵ MAL LARA, JUAN DE, *La Philosophia vulgar*, o. c., nota 5.

uno evidentemente conociese y por las causas que lo moviesen a entenderlo todo de raíz”,⁵⁶ para mostrar luego cómo “tal merced” corrió de “hijos a nietos” y fue así como nació la *sophia* y ablandó aquel presuntuoso nombre para quedar en *Philosophia*, es decir, “desseo de saber y estudio empleado en la sciencia”.⁵⁷ Y cómo pronto habría llegado a “Hespaña” de la mano de Túbal Caín y a la Bética, llamada así por ser junto al mar, “por donde se comunican los bienes a las gentes mediterráneas”. Esto hizo hubiera en Hespaña “excelentes poetas y philóosophos de gran valor”.⁵⁸ De manera que, poco a poco, la tierra –feroz antes y dada a la guerra, discreta y avisada, mejorando su buen ingenio con eminentes maestros que quanto decían eran admirables secretos de Dios y de la naturaleza”. Y como no era posible estudiar todo en grandes libros hubo una manera de expresarse en “ciertas proposiciones o verdaderas o probables, con que en razones breves se comprehendiese mucho y fuesse como averiguadas sentencias, que por los griegos son llamadas axiomas, dándoles un particular nombre de refranes”.⁵⁹ Son verdades compartidas y todo el mundo las dice y confiesa y, como dice León de Castro en su prólogo al refranero de H. Núñez, “por eso es principio de sciencia, y más excelente que sciencia, y se llama sabiduría”⁶⁰ (nota 75).

Pueden ser interrogativos, imperativos, invocativos y expresarse en distintas formas de oración y se aplican de la manera que indica Juan de Mal Lara: “Hizieronse los refranes de tal manera que, en lo literal, aprovechan a todas las partes de philosophía. Para la parte moral, como en las virtudes morales y racionales, tratando de fuerte, liberal, magnífico, magnánimo, fácil, vergonçoso, modesto, verdadero, manso, justo, prudente, templado, sabio, entendido, artificioso, enséñanle en sus palabras, sin especular más, a ser concertados en todas las virtudes”.⁶¹

No se olvida Mal Lara de Dios y la Iglesia aunque la mayor parte de los refranes, y en esto coincide con Oliva Sabuco, se refiere a la familia y al

⁵⁶ *Ib.*, p. 252.

⁵⁷ *Ib.*, p. 253.

⁵⁸ *Ib.*, p. 256.

⁵⁹ *Ib.*, p. 257.

⁶⁰ *Ib.*, nota 74.

⁶¹ *Ib.*, p. 275.

matrimonio pero en la medida en que inciden en la ciudad y en la sociedad siendo un material imprescindible para antropólogos su información sobre las riquezas que circulan, el bullicio de las gentes de todas lenguas, las mercaderías que se compran y venden, las casas que se construyen y las diversiones (por ejemplo, los toros que Mal Lara condena).

Se trata de un caudal de cultura popular impresionante a la altura de las investigaciones etnográficas que siglos más tarde llevará a cabo otro sevillano como lo fue el padre de Antonio Machado, llamado “Demófilo”.⁶² Y, al tiempo, la crítica moral a la pobreza, al hambre, a las desigualdades y a la opulencia. Muchas páginas dedicadas a los estudiantes y su precaria vida y a las enfermedades que padecen y a la tristeza por la pérdida de la alegría. El pesimismo lúcido está ya anunciado en estas páginas, pero creo que aún expresado de manera amable, anticipando la postura de Oliva de Sabuco, corregida más adelante ya en pleno Barroco cuando publica el grueso de su obra el jesuita Gracián.

Quizá ninguno tan significativo y tan usado en nuestra cultura tradicional como el primero: “A Dios rogando y con el maço dando”.⁶³ Pues tras hacer confesión de ortodoxia católica sobre la existencia de un único Dios “Señor de todos”, y de rechazar cualquier debilidad a la que abre la puerta a la necedad de pensar que pueda buscarse otro dios más liberal “que pongan en su lugar, que les dé lo que pidieron” pasa inmediatamente, tras poner por “delante la memoria del Señor”, a la necesaria diligencia, “no esperando milagros nuevos, quedándonos en una pereza inútil”. La idea de que las obras pertenecen al hombre, el designio del orden corresponde a Dios abre la puerta a una concepción industriosa frente a cualquiera otra que defendiera la pasividad, pero “corrige” un providencialismo mecánico al tiempo que en este plano de la filosofía vulgar remite al debate de la gracia y la libertad humana. Nos referimos al debate “De auxiliis” que tendría su momento fuerte a la finalización del Concilio de Trento. Era aún el tiempo en que se consideraba compatible el ejercicio de la gracia divina con la voluntad libre del ser humano.

⁶² MACHADO Y ÁLVAREZ, A. “DEMÓFILO”, *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas*, 11 vols. Sevilla, Francisco Álvarez y C^a, 1883-1886, (Madrid, Est. Tip. de Ricardo Fe) 1882 a 1888.

⁶³ *Ib.*, pp. 439-444.

Juan de Mal Lara, como años después doña Oliva tal como hemos visto, está convencido de que el amor amable, de que la retórica como filosofía, tal como la ha estudiado Ernesto Grassi,⁶⁴ es decir, la que se guía por la verdad, es el medio adecuado y suficiente para conseguir la vida saludable, es decir, aquella en que concuerda el designio divino inserto en la naturaleza con la tarea que corresponde al hombre como la creatura que ha de ejecutar ese designio. Aún no avistan el pesimismo. Es una pedagogía de la prevención. No tardaría en llegar la pedagogía de la corrección cuando las experiencias históricas: guerra de los treinta años, disonancia entre los ideales defendidos (Cristiandad) y los medios utilizados (guerras), etc., dejaron al descubierto la dualidad que convertía la concordia en un ideal casi imposible. El desengaño fue, a su vez, causa y efecto. Estábamos ya en otro estadio histórico y eso exigía otros discursos.

A modo de reflexión final

Decíamos al comienzo que la historia no avanza por sus contradicciones, como ha señalado Hegel, o al menos no siempre ha sucedido así. Más bien cada periodo contiene elementos germinales que adelantan el siguiente solapando unos tiempos con otros. En verdad, ningún tiempo lo es de plenitud ni es capaz de desarrollar los ideales sobre los que intenta fundarse. El siglo XVI fue un tiempo belicoso, de confrontación, en el que la espada se situó demasiado cerca de la cruz, como bien dejó escrito Fernando de los Ríos. Fue también tiempo de grandes propuestas, las que conformaron el humanismo, no solo en su versión filológica sino en su dimensión moral y política. Conocer el lugar asignado al hombre en el proyecto que conformaba la naturaleza se confirmó como una tarea fundamental de la ciencia y la filosofía. Los naturalistas y los médicos hicieron su trabajo. Los filósofos, rescatando las letras antiguas, las “letras humanas” hicieron lo

⁶⁴ GRASSI, E., *Retórica como filosofía. La tradición humanista*. Nota de Emilio Hidalgo-Serna. Traducción de Joaquín Barceló y Jorge Navarro, Barcelona, Anthropos, 2015. Original en inglés de 1980. A este tema me he referido en el artículo: MORA GARCÍA, J.L., “Filosofía y Literatura. Elogio prudente de la multiplicidad”, *Hybris*, vol. 8, N. Extra-1. Coordinado por Francisco José Martín, 2017, pp. 47-80.

propio. Mas esa fijación en los orígenes fue la base de esa “nueva” filosofía, escrita con el espíritu de esta mujer bien notable, doña Oliva Sabuco, que situaba al ser humano de su tiempo ante las condiciones que estaban por venir: la instalación en esa realidad que conocemos como mundo cuyas reglas es preciso conocer porque no coinciden necesariamente con nuestra manera de concebirlo. Juan de Mal Lara anticipa una filosofía de la circunstancia que será elaborada, años más tarde, por el pensamiento barroco como una literatura sentenciosa que toma conciencia de la fragmentación. Señalábamos que estos autores renacentistas se quedan aún con su mirada asentada en la piedad, en la ironía lo hará novela. Es el ámbito que conocemos como el de los remedios aplicados por una medicina que no pierde de vista los elementos galénicos y una filosofía del conocimiento y el consejo. Será el Barroco cuando se pongan las bases de una ciencia de la intervención, de los medios, y una filosofía prescriptiva y correctora. Reprimir y liberar lo ha llamado Foucault. Es ya el periodo que hemos denominado Modernidad. Mas este tiempo había ya comenzado en el “Segundo Renacimiento”.

